

CARTA PASTORAL

PARROQUIA ASCENSIÓN DEL SEÑOR – ASCENSIÓN DE GUARAYOS
Fiesta Patronal – 14 de mayo de 2026



*“Cristo nos reúne y nos envía:
desde las raíces de nuestra historia misionera hacia una Iglesia pascual y en
salida”*

Introducción

Muy queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En este año de gracia, en el que celebramos los doscientos años de la fundación de Ascensión de Guarayos (1826–2026), elevamos con gratitud nuestra mirada a Dios, reconociendo que Él ha sido el verdadero protagonista de nuestra historia. No somos nosotros quienes hemos sostenido la fe a lo largo del tiempo; es el Señor quien ha caminado con su pueblo, como caminó con Israel en el desierto (cf. Ex 13,21) y como el Resucitado sigue caminando hoy en medio de su Iglesia (cf. Mt 28,20). Si hoy estamos aquí como comunidad creyente, es porque Dios ha sido fiel, y su fidelidad se ha hecho visible en la vida sencilla, mucha veces sufrida, pero siempre esperanzada de este pueblo guarayo.

Nuestra parroquia nació, como toda Iglesia verdadera, del encuentro entre el Evangelio y la vida concreta de un pueblo. Nació de la semilla de la Palabra de Dios, que fue sembrada en esta tierra y que, como dice el Señor en el Evangelio, fue creciendo silenciosamente, “sin que el sembrador sepa cómo” (Mc 4,27). Nació del sacrificio de misioneros franciscanos que no buscaron imponerse, sino que aprendieron a escuchar, a comprender, a acercarse con respeto, siguiendo ese estilo evangélico que la Iglesia reconoce como el único verdaderamente fecundo para anunciar la fe (cf. Evangelii nuntiandi, 20). Ellos recorrieron caminos difíciles, compartieron la vida de la gente, aprendieron lenguas, sembraron con paciencia y con amor, confiando en que es Dios quien da el crecimiento (cf. 1 Co 3,7).

Pero esta historia no sería completa sin el pueblo mismo. Porque la fe no se transmite solo desde fuera: se hace vida cuando es acogida en el corazón. Y este pueblo ha sabido acogerla. Ha sabido hacerla propia. Ha sabido expresarla con su cultura, con su música, con su sentido comunitario, con su relación con la tierra. Aquí se cumple lo que enseña el Concilio Vaticano II: que el Evangelio, al encontrarse con los pueblos, no destruye lo que es humano, sino que lo purifica, lo eleva y lo lleva a su plenitud (cf. Gaudium et spes, 58). Por eso nuestra fe tiene un rostro concreto, un modo de vivir, una historia que no es abstracta, sino profundamente encarnada.

Hoy, dos siglos después, no miramos este camino solo con nostalgia, sino con responsabilidad. Porque la memoria cristiana no es un refugio en el pasado, sino una luz para el presente y una llamada para el futuro. La Iglesia no vive de repetir lo que fue, sino de discernir lo que el Espíritu dice hoy a su pueblo (cf. Ap 2,7). Por eso, en este momento de nuestra historia, resuena en nosotros una pregunta que es profundamente espiritual y pastoral: ¿qué quiere Dios de nosotros hoy? ¿Cómo ser Iglesia en esta tierra guaraya en el tiempo presente, marcado por nuevos desafíos, nuevas preguntas y también nuevas oportunidades de gracia?

No podemos responder a estas preguntas desde el miedo ni desde la costumbre. Solo podemos hacerlo desde la fe y desde la escucha. Porque la Iglesia, como nos ha recordado el Papa Francisco, es ante todo una comunidad que aprende a escuchar: escuchar la Palabra de Dios, escuchar al Espíritu Santo y escuchar también el clamor de su pueblo (cf. Discurso en la apertura del Sínodo, 17.10.2015). Escuchar no es una actitud pasiva; es un acto profundamente espiritual, porque en esa escucha se revela la voluntad de Dios, que sigue hablándonos en la historia concreta de nuestra gente.

Esta Carta Pastoral nace precisamente de ese deseo de escuchar y de discernir juntos. No quiere ser un documento más, ni una serie de indicaciones externas. Quiere ser una palabra nacida de la vida de la comunidad, iluminada por el Evangelio y orientada hacia el futuro. Quiere ayudarnos a reconocernos como Iglesia en camino, como Pueblo de Dios que se va haciendo cada día, en un proceso continuo de conversión y de fidelidad (cf. *Lumen gentium*, 9).

En el fondo, esta carta quiere ayudarnos a volver a lo esencial: a Cristo. Porque no somos una organización, ni una institución más entre otras. Somos la comunidad de los que han sido convocados por Él y enviados por Él. Somos aquellos que han experimentado su presencia y que están llamados a hacerla visible en medio del mundo. Y solo si permanecemos en Él podremos dar fruto (cf. *Jn 15,5*).

Por eso comenzamos este camino con humildad y con esperanza. Humildad, porque sabemos que somos una comunidad en proceso, con límites y fragilidades. Esperanza, porque creemos firmemente que el Señor sigue actuando en medio de nosotros y que, como promete la Escritura, Él “hace nuevas todas las cosas” (*Ap 21,5*).

I. Una Iglesia que nace de la misión

La Iglesia no nace de un proyecto humano ni de una iniciativa organizativa. Nace de Dios que envía. La misión brota del corazón mismo de Dios, que ama, que sale al encuentro, que no se encierra en sí mismo. El Padre envía al Hijo (cf. *Jn 3,16*), y el Hijo, resucitado, envía a sus discípulos: “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos” (*Mt 28,19*). Por eso la Iglesia no puede comprenderse a sí misma si no es desde este dinamismo de envío. Como recordaba san Pablo VI, “la Iglesia existe para evangelizar” (*Evangelii nuntiandi*, 14). No es una tarea secundaria: es su razón de ser.

También nuestra parroquia existe por esta misma razón. No es simplemente un espacio donde se organizan actividades religiosas o donde se administran sacramentos. Es una comunidad nacida del mandato misionero de Cristo, que sigue resonando hoy con la misma fuerza que en los orígenes. Él no deja de decirnos: vayan, salgan, anuncien. Y esta palabra no puede quedar reducida a un ideal lejano; debe tomar carne en nuestra vida concreta, en nuestras decisiones pastorales, en nuestra manera de entender lo que somos como Iglesia.

Por eso necesitamos renovar una convicción que es profundamente evangélica: la parroquia es una comunidad convocada que sale. El mismo Jesús no esperó a que las multitudes llegaran a Él; recorrió pueblos y aldeas, se acercó a los caminos, entró en las casas, se dejó encontrar en la vida cotidiana de las personas (cf. *Mc 6,6*). Así también la Iglesia está llamada a “salir” continuamente, como insistió el Papa Francisco, a no encerrarse en estructuras que dan una falsa seguridad, sino a ir hacia las periferias humanas y existenciales donde tantos esperan una palabra de vida (cf. *Evangelii gaudium*, 20).

Esta salida es una exigencia de la fe. Porque quien ha encontrado a Cristo no puede guardarlo para sí. La experiencia del encuentro con el Señor se convierte necesariamente en misión. Como los

discípulos de Emaús, que después de reconocerlo al partir el pan se levantan inmediatamente y vuelven a anunciar lo que han vivido (cf. Lc 24,33-35), también nosotros estamos llamados a pasar de una fe recibida a una fe compartida, de una comunidad que se reúne a una comunidad que es enviada.

En nuestra realidad concreta de Ascensión de Guarayos, esta dimensión misionera adquiere un rostro muy concreto. No podemos pensar la parroquia solo desde el centro, desde el templo. Nuestra Iglesia se extiende por nuevos barrios, comunidades alejadas, casas donde hay enfermos, familias que viven situaciones difíciles, jóvenes que buscan sentido para su vida. Allí es donde Cristo quiere llegar. Allí es donde la Iglesia debe hacerse presente. Porque, como nos recuerda el Evangelio, el Buen Pastor no se queda con las noventa y nueve, sino que sale a buscar a la oveja que se ha perdido (cf. Lc 15,4).

En este contexto, la Eucaristía misma nos revela su dinamismo misionero. En el Pan entregado y la Sangre derramada debemos descubrir el misterio de Cristo que se entrega para la vida del mundo (cf. Jn 6,51), y que, por eso mismo, impulsa a la Iglesia a salir. Cada celebración eucarística termina con un envío: “pueden ir en paz”, que no es una despedida, sino una misión. Lo que hemos recibido en la Eucaristía tiende por su propia fuerza a desbordarse y a alcanzar la vida concreta de las personas. Cuando la comunión es llevada a los enfermos y a quienes no pueden participar físicamente en la celebración, la Eucaristía se prolonga y se hace camino en medio del pueblo. Cristo mismo atraviesa umbrales, entra en las casas, se hace cercano en la fragilidad, se hace presencia que sostiene. Allí donde llega el Cuerpo de Cristo, la Iglesia se hace presente; la comunidad se reúne de un modo nuevo; el consuelo toma forma; la esperanza del Resucitado se vuelve tangible y toca la vida.

De este modo, vamos comprendiendo que ser una Iglesia misionera no significa hacer más cosas, sino vivir de otra manera. Significa dejarnos transformar por el mismo Cristo que nos reúne y nos envía. Significa reconocer que no somos dueños de la fe, sino servidores de un don que hemos recibido gratuitamente (cf. Mt 10,8). Significa, en definitiva, asumir que la Iglesia, también en nuestra parroquia de Ascensión, solo será verdaderamente fiel a su Señor si vive en salida, si camina con su pueblo y si se deja guiar por el Espíritu que siempre empuja hacia nuevos horizontes de evangelización (cf. Hch 1,8).

II. Nuestras raíces: memoria viva del pueblo guarayo

Nuestra parroquia reconoce con profunda convicción que sin memoria no hay identidad. No se trata simplemente de conservar recuerdos del pasado y encerrarlo en el museo, sino de custodiar una memoria viva que sigue dando forma a lo que somos hoy. Porque el pueblo que olvida sus raíces pierde el sentido de su camino, mientras que el pueblo que las reconoce y las asume puede caminar con firmeza hacia el futuro. En este sentido, nuestra propia experiencia pastoral lo expresa con claridad cuando afirma que “las raíces no son solo el pasado, son la fuerza que da identidad” . Esta afirmación no es solo una idea pedagógica; es una intuición profundamente espiritual.

La Sagrada Escritura nos enseña que la fe del pueblo de Dios siempre ha estado unida a la memoria. Israel aprende a reconocerse a sí mismo recordando las obras de Dios en su historia: “Acuérdate de todo el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer” (Dt 8,2). Recordar es descubrir la fidelidad de Dios que sigue actuando en el presente. Por eso, la memoria es un acto de fe: recordamos lo que Dios ha realizado en medio de nosotros.

También nuestra historia en esta tierra guaraya debe ser contemplada así: como una historia de gracia, donde Dios ha ido tejiendo su obra en medio de la vida de su pueblo. En ella se entrelazan la entrega de los misioneros, la acogida del pueblo, la riqueza de una cultura que ha sabido expresar la fe con su propio rostro. En este encuentro entre el Evangelio y la vida concreta se ha ido formando una identidad que no puede ser reducida a una simple herencia cultural, sino que es verdaderamente una experiencia de Iglesia. Aquí se hace visible lo que enseña el Concilio Vaticano II: que el Evangelio, al entrar en contacto con las culturas, no las destruye, sino que las asume, las purifica y las eleva, permitiendo que cada pueblo exprese la fe según su propia riqueza (cf. *Gaudium et spes*, 58).

Por eso, cuando hablamos de nuestras raíces, no estamos hablando solo de lo que fue, sino de lo que sigue actuando hoy. La historia de la misión en Guarayos no pertenece al pasado; continúa viva en la fe del pueblo, en sus celebraciones, en su sentido comunitario, en su manera de vivir la relación con la madre tierra y con los demás. Es una memoria que respira, que habla, que orienta. Y precisamente por eso se convierte en una responsabilidad: la responsabilidad de custodiarla, de transmitirla y de hacerla fructificar en las nuevas generaciones.

En un mundo marcado por cambios rápidos, por la globalización y por el riesgo de perder las propias raíces, esta tarea se vuelve aún más urgente. El Papa Francisco ha advertido muchas veces del peligro de una cultura que rompe con la memoria y deja a las personas sin referencias sólidas, especialmente a los jóvenes (cf. *Christus vivit*, 181). Frente a esto, la Iglesia está llamada a ser espacio donde la memoria no se pierde, sino que se transforma en fuente de vida. No para encerrarse en el pasado, sino para ofrecer un fundamento desde el cual construir el futuro.

Así, nuestra parroquia quiere vivir esta memoria como una gracia y como una misión. Gracia, porque reconocemos que hemos recibido mucho más de lo que hemos dado. Misión, porque estamos llamados a no dejar que este patrimonio espiritual se diluya, sino a hacerlo fecundo. Solo quien sabe de dónde viene puede descubrir hacia dónde va. Y solo una comunidad que permanece enraizada en su historia puede abrirse con libertad y esperanza a lo que el Señor sigue queriendo realizar en medio de su pueblo (cf. *Ap 2,7*).

1. La historia misionera: una gracia recibida

La fe en esta tierra de Guarayos no nació de la imposición, sino del encuentro, y fue el fruto de un proceso paciente en el que el Evangelio se acercó a la vida del pueblo y encontró en él un corazón dispuesto. Así ha obrado siempre Dios en la historia de la salvación: se acerca, habla, propone, espera. Como lo hizo con los discípulos en el camino de Emaús, caminando con ellos, escuchando sus preguntas y solo después iluminando su corazón (cf. *Lc 24,15-27*).

También aquí, en nuestra historia misionera, ese ha sido el camino. Los misioneros que llegaron a estas tierras fueron hombres que aprendieron a dejarse interpelar por la realidad que encontraban. Supieron detenerse, escuchar, aprender lenguas, comprender modos de vida, reconocer los signos de Dios ya presentes en el pueblo. Ellos anunciaron el Evangelio desde la cercanía y en esa cercanía se fue gestando algo profundamente evangélico: un encuentro real entre la fe cristiana y la vida concreta del pueblo guarayo.

Este camino tiene también nombres y rostros concretos en nuestra historia. Entre ellos, resplandece la figura del Padre Gregorio Salvatierra, sacerdote del clero cruceño, quien en el día 4 de mayo del año 1826 dio origen a la fundación de Ascensión de Guarayos. Su obra no fue simplemente organizativa o territorial, sino profundamente misionera: supo abrir un camino donde la fe podía arraigarse en la vida del pueblo. En él vemos ya ese estilo evangélico de cercanía, de paciencia y de confianza en la acción de Dios que actúa en la historia.

A esta primera etapa se unió, con fuerza decisiva, la presencia de los misioneros franciscanos, especialmente aquellos provenientes del Colegio de Propaganda Fide de Tarata. Su llegada se inscribe en un momento particularmente difícil para la Iglesia en Bolivia, marcado por crisis políticas, escasez de clero y debilitamiento de la vida cristiana. Sin embargo, como lo reconoce la misma historia, la restauración de estos colegios misioneros fue una verdadera gracia providencial para el país, que permitió reavivar la fe y sostener la vida cristiana del pueblo .

En este proceso, adquiere un significado especial la figura del P. Francisco Lacueva, misionero que, en tiempos de abandono y dispersión, permaneció en medio de estas tierras, compartiendo la vida de los pueblos indígenas y sosteniendo con fidelidad la presencia de la Iglesia. Mientras muchos se veían obligados a retirarse a causa de las convulsiones históricas, él eligió permanecer, acompañando a los guarayos en un camino largo y exigente, marcado por la paciencia, la cercanía y la esperanza. Su obra silenciosa, sostenida durante años en condiciones de gran soledad, preparó el terreno para el renacimiento de la misión y permitió que la fe no se extinguiera en medio de las dificultades.

Cuando más tarde llegaron nuevos misioneros desde Europa, enviados a fortalecer los colegios de Propaganda Fide, encontraron en esta presencia fiel una base ya viva sobre la cual continuar la misión. Así se hizo visible que la obra de Dios no depende de grandes estructuras, sino de la fidelidad concreta de quienes permanecen. En la figura del P. Lacueva se refleja ese estilo profundamente evangélico del sembrador que confía en la semilla, aun cuando el crecimiento no es inmediato (cf. Mc 4,26-29).

De este modo, la acción de los misioneros franciscanos no puede entenderse solo como una organización de la misión, sino como un verdadero proceso de encarnación del Evangelio en la historia concreta de este pueblo. Su presencia, muchas veces silenciosa y sacrificada, fue abriendo caminos, sosteniendo comunidades y haciendo posible que la fe echara raíces profundas en esta tierra.

Los misioneros franciscanos no solo predicaron, sino que recorrieron pueblos, visitaron comunidades, enseñaron, acompañaron, organizaron la vida eclesial y social. Se internaron en territorios difíciles, atravesaron selvas, aprendieron a convivir con los pueblos indígenas, compartiendo sus alegrías y sus sufrimientos. Su acción no se limitó al ámbito estrictamente

religioso: promovieron caminos, impulsaron formas de organización, contribuyeron al desarrollo humano y social, haciendo visible que el Evangelio transforma la vida en todas sus dimensiones .

En particular, la misión entre los guarayos, asumida por los franciscanos de Tarata, fue un proceso largo, paciente y lleno de desafíos. No fue un acontecimiento que se consumó en un momento, sino un camino que se fue desplegando en el tiempo, como la semilla del Evangelio que crece en silencio (cf. Mc 4,27). En tiempos más cercanos a nosotros, esta fidelidad misionera ha tomado rostro en hombres concretos que han entregado su vida en esta tierra. Entre ellos, recordamos con gratitud al P. Esteban Gebhard, franciscano misionero que, habiendo llegado desde Alemania, hizo de Bolivia su hogar y de Guarayos su lugar de entrega. Durante décadas caminó por estas tierras, sirviendo en diversas comunidades, y particularmente en Ascensión, donde como párroco promovió la vida cristiana, impulsó la construcción del espacio parroquial y acompañó el crecimiento de la comunidad con dedicación incansable. Su vida, marcada por la sencillez franciscana y por la fidelidad hasta la enfermedad, se convirtió en una semilla entregada en esta tierra, que sigue dando fruto en la vida de la Iglesia .

Junto a él, y en la misma línea de esta entrega silenciosa y perseverante, otros misioneros como el P. Bernardo Falkus y el P. Adalberto Mazur han continuado esta obra, sosteniendo la vida de las comunidades, acompañando procesos, formando a los fieles y haciendo presente una Iglesia cercana, que no abandona, que permanece, que camina con su pueblo. En ellos se hace visible que la misión no es un momento, sino una forma de vida; no es una tarea que se cumple, sino una vocación que se habita.

A esta presencia misionera se une de manera inseparable la obra de las Hermanas Franciscanas Terciarias, cuya historia en estas tierras es también una historia de gracia. Desde su llegada hace ya más de un siglo, han encarnado el Evangelio en la vida cotidiana del pueblo, especialmente a través de la educación, el cuidado de la salud y la promoción humana. En las escuelas, en los internados, en los hospitales y los espacios de atención a los más pequeños y a los más frágiles, han hecho visible un rostro concreto del amor de Dios: un amor que cuida, que educa, que levanta, que acompaña.

Su presencia ha sido profundamente misionera no solo por lo que han hecho, sino por cómo lo han hecho: con cercanía, con sencillez, con fidelidad cotidiana. Como se ha reconocido en la memoria viva de la Iglesia local, su servicio ha abarcado la enseñanza, la atención sanitaria y el acompañamiento pastoral, convirtiéndose en un pilar fundamental para la vida de las comunidades guarayas. En ellas se manifiesta ese rostro materno de la Iglesia que sostiene la vida, que no busca protagonismo, pero que hace posible que la fe crezca y se transmita.

Esta actitud no fue solo una opción práctica, sino una fidelidad al modo mismo de Cristo. Porque el Hijo de Dios no salvó al mundo desde fuera, sino entrando en la historia humana, asumiendo una cultura, una lengua, una vida concreta (cf. Jn 1,14). Por eso, toda verdadera evangelización está llamada a seguir este mismo camino de encarnación. Como recuerda la Iglesia, el anuncio del Evangelio solo es fecundo cuando se realiza con respeto, con paciencia y con amor, reconociendo la dignidad y la riqueza de aquellos a quienes se dirige (cf. *Evangelii nuntiandi*, 20).

El pueblo, por su parte, no fue un sujeto pasivo en este proceso. Supo acoger la fe, hacerla propia, integrarla en su vida. Respondió con apertura, con confianza, con deseo sincero de vivir como

cristianos. Así se fue formando una Iglesia con rostro propio, en la que el Evangelio no quedó como algo externo, sino que echó raíces profundas en la cultura, en la espiritualidad y en la vida cotidiana. Esto es lo que la Iglesia reconoce como el verdadero proceso de inculturación: cuando la fe no se superpone a la vida, sino que la transforma desde dentro, respetando lo que es auténticamente humano y llevándolo a su plenitud en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 58).

Por eso, al mirar nuestra historia, no vemos solo un pasado que recordar, sino una gracia que reconocer. Dios ha estado actuando en medio de este encuentro entre misioneros y pueblo, entre Evangelio y cultura. Y esa historia nos deja una enseñanza que sigue siendo válida hoy: la Iglesia crece cuando escucha y acompaña. Crece cuando se acerca a la vida de las personas, cuando camina con ellas, cuando comparte sus alegrías y sus sufrimientos, cuando anuncia con respeto y con testimonio.

En un tiempo actual esta memoria nos recuerda que la verdadera autoridad en la Iglesia es el servicio (cf. Mc 10,45), y que la fuerza del Evangelio no está en el poder, sino en la capacidad de tocar el corazón humano. Solo una Iglesia que aprende a escuchar podrá anunciar de verdad. Solo una Iglesia que acompaña podrá ser creíble. Y solo una Iglesia que camina con su pueblo podrá seguir siendo fiel al Señor que la envía.

2. Cultura guaraya: lugar donde Dios ya habita

Al contemplar nuestra historia con ojos de fe, descubrimos una verdad profundamente liberadora: la presencia de Dios en esta tierra no comenzó con la predicación explícita del Evangelio, porque Él, como Señor de la historia y de la creación, nunca ha dejado de estar presente en medio de los pueblos. Como afirma la Escritura, Dios “no está lejos de ninguno de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,27-28). Esta convicción es fundamental para comprender de manera auténtica lo que significa evangelizar.

En la cultura guaraya encontramos signos concretos de esta presencia de Dios. En la lengua, que no es solo un medio de comunicación, sino una manera de comprender el mundo y de expresar la vida; en la música, que ha sido y sigue siendo un camino privilegiado de encuentro, de belleza y de oración; en el sentido profundo de comunidad, donde la persona se reconoce siempre en relación con los demás; en la relación con la tierra, vivida no como objeto de explotación, sino como espacio de vida compartida. En todo ello se manifiestan semillas del Verbo, como enseñaban los Padres de la Iglesia, es decir, huellas de la acción de Dios que preparan el corazón humano para acoger la plenitud del Evangelio (cf. *Ad gentes*, 11).

Por eso, cuando la Iglesia llega a un pueblo, no comienza desde cero. Está llamada, más bien, a reconocer lo que el Espíritu ya ha sembrado. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, todo lo verdadero, bueno y noble que se encuentra en las culturas humanas no solo no debe perderse, sino que debe ser asumido, purificado y llevado a su plenitud en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 58). Este principio se basa en la fe en la Encarnación: si el Hijo de Dios asumió la condición humana en toda su riqueza, también la Iglesia está llamada a asumir la realidad concreta de los pueblos para anunciar en ella la salvación.

Desde esta mirada, comprendemos que la cultura guaraya es un lugar donde la fe puede crecer con un rostro propio. No se trata de adaptar superficialmente algunos elementos externos, sino de entrar en un verdadero proceso de inculturación, donde el Evangelio ilumina la vida y, al mismo tiempo, la vida concreta ofrece nuevas formas de expresar la fe. El Papa Francisco ha insistido en que la gracia supone la cultura y que el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe (cf. *Evangelii gaudium*, 115). Esto significa que la Iglesia no puede ser ajena a la identidad del pueblo, sino que debe caminar con él, desde dentro, respetando su historia y su modo de vivir.

Por ello, nuestra parroquia asume con responsabilidad este camino. Promover el idioma guarayo no es solo una opción cultural, sino un acto de respeto a la dignidad del pueblo y un medio para que la fe pueda ser comprendida y vivida en profundidad. Cuidar y fortalecer la música, especialmente a través de la escuela de música, no es solo preservar una tradición, sino reconocer un verdadero camino de evangelización, donde la belleza se convierte en lenguaje de Dios. Caminar junto al Cabildo indígena no es una estrategia pastoral, sino una expresión concreta de una Iglesia que se construye en diálogo, en comunión y en respeto mutuo.

Todo esto nos lleva a comprender que evangelizar no es destruir la cultura, ni sustituirla por formas externas ajenas al pueblo. Evangelizar es acompañar un proceso en el que la vida es transformada desde dentro por la fuerza del Evangelio. Es permitir que Cristo, sin anular lo humano, lo lleve a su plenitud. Porque Él no vino a eliminar lo que el Padre había sembrado en la creación, sino a llevarlo a su cumplimiento (cf. Mt 5,17).

De este modo, nuestra Iglesia en Guarayos está llamada a ser verdaderamente encarnada, con un rostro propio, con una fe que habla el lenguaje del pueblo y que se expresa en su cultura. Solo así el Evangelio será realmente Buena Noticia y una luz que ilumina desde dentro la vida de la comunidad y la conduce hacia su plenitud en Cristo.

3. Cuidar la casa común

Al contemplar nuestra realidad con mirada creyente, reconocemos el sufrimiento de nuestra hermana, madre tierra como una experiencia concreta que vemos y vivimos cada día. Los incendios que devoran los bosques, la deforestación que empobrece el suelo y las formas de explotación que rompen el equilibrio de la vida dejan una huella profunda en nuestro territorio y en nuestras comunidades. Esta realidad hiera la vida del pueblo y toca el corazón mismo de nuestra fe, llamándonos a una respuesta que brote del Evangelio y del amor a la creación.

En este camino, la figura de San Francisco de Asís se vuelve para nosotros especialmente luminosa, más aún en este tiempo en que la Iglesia celebra los 800 años de su Pascua. Él, que supo contemplar la creación con ojos de fe, nos enseñó a reconocer en cada criatura un reflejo del amor de Dios. En su *Cántico de las criaturas*, llamó a la tierra “nuestra hermana y madre”, expresando una relación de profunda comunión, de respeto y de gratitud. Su mirada no fue la de quien domina, sino la de quien se sabe parte de una misma familia creada por Dios. Desde su experiencia, comprendemos que cuidar la creación no es solo una tarea, sino una forma de vivir la fraternidad universal que nace del Evangelio.

La Sagrada Escritura nos recuerda que la creación no es una realidad ajena a Dios, sino obra de sus manos, confiada al cuidado del ser humano (cf. Gn 2,15). El mundo no es una propiedad que podamos usar sin límites, sino un don que hemos recibido y que debemos custodiar con responsabilidad. Cuando la relación con la creación se rompe, se resiente también la vida humana, especialmente la de los más pobres, que son siempre los primeros afectados por la degradación del ambiente. Como afirma san Pablo, “la creación entera gime y sufre dolores de parto” (Rm 8,22), esperando una humanidad capaz de vivir en armonía con el proyecto de Dios.

Por eso, como Iglesia, estamos llamados a asumir con seriedad este desafío. El cuidado de la casa común forma parte de la vida cristiana y expresa de manera concreta el amor a Dios y a su obra. Amar al Creador lleva a respetar y custodiar lo que ha salido de sus manos. Como recuerda el Magisterio de la Iglesia, cuidar la creación es una forma de testimoniar el amor de Dios por el mundo (cf. *Laudato si'*). Esta convicción nos sitúa ante una responsabilidad que toca lo más profundo de nuestra vida espiritual.

El Papa Francisco ha insistido en que todo está conectado, y que la relación con Dios, con los demás y con la creación forma una única realidad (cf. *Laudato si'*, 91). Allí donde esta armonía se debilita, se resiente la vida en todas sus dimensiones. En una región como la nuestra, donde la relación con la tierra forma parte de la identidad del pueblo, esta llamada adquiere una resonancia particular y nos invita a redescubrir la sabiduría que ya habita en nuestra cultura.

Nuestra parroquia quiere acoger este llamado de manera concreta. Nos sentimos invitados a promover una verdadera conversión ecológica, que transforme nuestra manera de pensar, de vivir y de relacionarnos con la creación (cf. *Laudato si'*, 217). En este camino, se hace necesario fortalecer procesos de educación ecológica que ayuden a despertar una sensibilidad nueva, capaz de reconocer el valor de la vida en todas sus formas. Esta educación nace de la fe y dialoga con la cultura local, que ya contiene una profunda sabiduría en su relación con la tierra.

El cuidado de la casa común implica también una actitud de defensa del territorio, entendida como compromiso con la vida, con la justicia y con el bien de las comunidades. El Evangelio nos recuerda que el amor al prójimo se hace concreto en el cuidado de la vida y en la defensa de la dignidad de los más vulnerables (cf. Mt 25,40).

De este modo, cuidar la creación se convierte en un camino de fe, en una forma concreta de vivir el Evangelio y en un signo visible de una Iglesia que camina con su pueblo. Siguiendo la inspiración de San Francisco, aprendemos a mirar el mundo como un don, a vivir en gratitud y a custodiar la vida como un regalo que hemos recibido. Y así, guiados por el Espíritu que renueva la faz de la tierra (cf. Sal 104,30), seguimos caminando juntos hacia una vida más plena, reconciliada y fraterna.

III. Una Iglesia que escucha el clamor de su pueblo

Hoy también Dios nos habla. Él nos sigue hablando en la historia, y una de las formas más profundas en que lo hace es a través del clamor de las personas, especialmente de quienes sufren,

de quienes buscan, de quienes esperan. Como en el libro del Éxodo, cuando el Señor dice: “He visto la opresión de mi pueblo... he escuchado su clamor... conozco sus sufrimientos” (Ex 3,7), también hoy su voz resuena en medio de las situaciones concretas que vive nuestra gente.

Por eso, una Iglesia fiel al Evangelio no puede ser una Iglesia que solo habla; está llamada a ser, ante todo, una Iglesia que escucha. Escuchar es una dimensión esencial de la fe, porque abre el corazón al discernimiento de la voluntad de Dios y permite que la Palabra se encarne en la vida. El Papa Francisco lo ha recordado con claridad al afirmar que “una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha”, en la que todo el Pueblo de Dios camina escuchándose mutuamente y, sobre todo, escuchando al Espíritu Santo que guía a la Iglesia (cf. Francisco, Discurso con ocasión del 50º aniversario del Sínodo de los Obispos, 17.10.2015).

Esta escucha no es superficial ni selectiva. No consiste en oír lo que nos resulta cómodo, sino en dejarnos tocar por lo que la vida misma grita. Porque el clamor del pueblo no es solo un conjunto de problemas sociales o situaciones difíciles; es, en una mirada de fe, un lugar teológico, un espacio donde Dios se manifiesta y nos llama a una respuesta. Así lo comprendió la Iglesia en América Latina cuando habló del “clamor de los pobres” como un signo de los tiempos que interpela la misión evangelizadora (cf. Medellín, Pobreza de la Iglesia, 2; Puebla, 89).

En nuestra realidad de Ascensión de Guarayos, este clamor tiene muchos rostros. Es el clamor de quienes se sienten alejados o poco acogidos; el de las familias que atraviesan dificultades; el de los jóvenes que buscan sentido; el de quienes sufren la pobreza, la enfermedad o la soledad; el de una tierra herida que también “gime” esperando cuidado (cf. Rm 8,22). Todo esto no puede dejarnos indiferentes. Porque en cada uno de estos clamores está presente Cristo mismo, que sigue identificándose con los más pequeños (cf. Mt 25,40).

Escuchar, entonces, es un acto de conversión. Significa salir de nosotros mismos, de nuestras seguridades, de nuestras ideas ya hechas, para dejarnos transformar por la realidad. Significa también reconocer que no tenemos todas las respuestas, y que el Espíritu Santo actúa en el corazón del pueblo, suscitando intuiciones, deseos, búsquedas que deben ser acogidas y discernidas. El Concilio Vaticano II habla del *sensus fidei* del pueblo de Dios, esa capacidad que tienen los creyentes de intuir la verdad del Evangelio en medio de la vida (cf. Lumen gentium, 12).

Desde esta perspectiva, queremos que nuestra parroquia sea un espacio donde se aprenda a escuchar de verdad. Escuchar a Dios en su Palabra, escuchar al Espíritu en la oración, pero también escuchar a las personas en su vida concreta. Una Iglesia que escucha no juzga rápidamente, no se impone, no responde antes de comprender. Se acerca, acompaña, camina. Y solo desde esa cercanía puede anunciar con credibilidad la Buena Noticia.

Así, la escucha se convierte en el primer paso de toda acción pastoral auténtica. No partimos de ideas abstractas, sino de la vida real. No construimos la Iglesia desde esquemas, sino desde el encuentro con las personas. Y en ese encuentro descubrimos que Dios ya está actuando, que su gracia ya está presente, que su Espíritu ya está moviendo los corazones. Nuestra tarea no es sustituir esa acción, sino reconocerla, acompañarla y conducirla hacia su plenitud en Cristo.

De este modo, la Iglesia se hace verdaderamente cercana, verdaderamente humana y, por eso mismo, verdaderamente evangélica. Porque el Señor no vino a un mundo ideal, sino a un mundo

concreto, con sus heridas y sus esperanzas. Y es allí, precisamente allí, donde sigue queriendo encontrarse con su pueblo.

1. Clamor por cercanía

Entre los clamores que resuenan en la vida de nuestro pueblo hay uno que toca profundamente el corazón de la Iglesia: el clamor por cercanía. Muchas personas, por diversos motivos, experimentan una distancia respecto a la Iglesia. A veces es una distancia física, marcada por las distancias geográficas; otras veces es una distancia interior, hecha de heridas, incomprensiones, indiferencia o sensación de no ser acogidos. No pocas veces se trata de hombres y mujeres que no han perdido la fe, pero que no encuentran un lugar donde sentirse verdaderamente parte de la comunidad.

Este clamor no puede ser ignorado. En él resuena la voz misma de Cristo, que no se cansa de buscar a quien se ha alejado, de acercarse a quien se siente excluido, de llamar por su nombre a cada persona (cf. Jn 10,3). El Evangelio nos muestra constantemente a Jesús rompiendo distancias: se acerca a los enfermos, se sienta a la mesa con los pecadores, toca a los marginados, escucha a quienes nadie escuchaba (cf. Mc 1,40-41; Lc 5,29-32). Su modo de actuar revela el corazón de Dios, que no excluye, sino que acoge; que no levanta barreras, sino que abre caminos de encuentro.

Por eso, este clamor por cercanía se convierte para nosotros en una llamada a la conversión pastoral. No basta con mantener abiertas las puertas del templo; es necesario abrir también el corazón. La Iglesia está llamada a ser, como decía el Papa Francisco, una “casa abierta del Padre”, donde cada persona pueda encontrar un lugar, sin sentirse juzgada o rechazada (cf. *Evangelii gaudium*, 47). Esto implica un cambio profundo de mentalidad: pasar de una Iglesia que espera a una Iglesia que se acerca, de una Iglesia que administra a una Iglesia que acompaña, de una Iglesia que se protege a una Iglesia que se expone al encuentro.

La cercanía no es solo una actitud afectiva; es una forma concreta de vivir el Evangelio. Significa aprender a estar, a escuchar, a compartir la vida de las personas, especialmente de aquellas que se sienten más lejos. Significa también reconocer que nadie está completamente fuera, que en cada persona hay una historia que merece ser acogida y un camino que puede ser iluminado. Como recuerda la Escritura, Dios “no hace acepción de personas” (Hch 10,34), y la Iglesia está llamada a reflejar esa misma universalidad en su modo de acoger.

En nuestra realidad concreta, este desafío adquiere un rostro muy claro. Hay quienes se han alejado porque no se han sentido comprendidos; hay familias que viven situaciones complejas; hay jóvenes que no encuentran su lugar; hay personas que cargan heridas profundas. Frente a todo esto, la respuesta no puede ser la distancia, ni el juicio, ni la indiferencia. La única respuesta verdaderamente evangélica es la acogida. Una acogida que no es superficial ni momentánea, sino que se traduce en acompañamiento, en cercanía real, en presencia constante.

De este modo, la parroquia está llamada a convertirse cada vez más en un espacio donde la gente no solo llega, sino donde se siente esperada. Un lugar donde cada persona pueda experimentar que es importante, que su vida cuenta, que su historia tiene un lugar dentro de la comunidad. Porque solo una Iglesia que acoge puede anunciar de verdad el Evangelio. Y solo quien se sabe acogido puede abrir su corazón a la fe.

Responder al clamor por cercanía es, en definitiva, volver al estilo de Cristo. Es dejar que su manera de mirar, de acercarse y de amar transforme nuestra manera de ser Iglesia. Y es creer que, incluso en medio de las distancias y las dificultades, el encuentro sigue siendo posible, porque es Dios mismo quien sale al encuentro de su pueblo y nos invita a hacer lo mismo (cf. Lc 15,20).

2. Clamor por dignidad

Otro clamor que atraviesa profundamente la vida de nuestro pueblo es el clamor por dignidad. Se hace presente en la realidad concreta de tantas situaciones marcadas por la pobreza, el sufrimiento, la exclusión y la fragilidad humana. Se reconoce en el rostro de quienes luchan cada día por sostener la vida, de quienes buscan oportunidades, de quienes cargan heridas visibles e invisibles. En este clamor escuchamos algunas preguntas muy profundas: ¿vale mi vida?, ¿soy reconocido en mi dignidad?, ¿importo realmente?

La fe cristiana no puede permanecer al margen de estas preguntas. Porque en el centro del Evangelio está la afirmación de la dignidad inviolable de cada persona, creada a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,27) y redimida por Cristo, que ha entregado su vida por todos (cf. Jn 10,11). Cada ser humano, más allá de su situación, lleva en sí una grandeza que nadie puede quitarle. Por eso, cuando la dignidad es herida, no se trata solo de un problema social: se trata de una herida que toca el corazón mismo del proyecto de Dios.

Jesús, en su vida y en su misión, hizo visible esta verdad. No pasó indiferente ante el sufrimiento; se acercó, sanó, consoló, devolvió dignidad. Tocó al leproso que era excluido (cf. Mc 1,41), levantó a quienes estaban caídos, se dejó conmover por la multitud “como ovejas sin pastor” (cf. Mt 9,36). En Él vemos que el amor de Dios no es abstracto, sino concreto, encarnado, capaz de transformar la vida real de las personas.

Por eso, una Iglesia fiel a Cristo no puede anunciar el Evangelio sin tocar la vida. La fe no es una idea, ni una doctrina separada de la realidad. Es una fuerza que ilumina, que transforma, que se hace presente en las situaciones concretas. Como recuerda la carta de Santiago, “la fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (St 2,17). Y el mismo Jesús se identifica con quienes sufren, afirmando que todo lo que hacemos por los más pequeños, lo hacemos por Él (cf. Mt 25,40).

En nuestra realidad, esto significa que la Iglesia no puede contentarse con ofrecer palabras de consuelo sin comprometerse con la vida de las personas. Está llamada a hacerse cercana, a acompañar, a promover caminos de dignificación. Esto implica también revisar nuestras actitudes, nuestras prioridades, nuestras formas de actuar. Porque a veces, sin darnos cuenta, podemos anunciar una fe que no toca la vida, que no responde a las heridas reales, que no se encarna en la historia concreta de la gente.

El clamor por dignidad nos invita a una conversión profunda: pasar de una fe vivida solo en el ámbito religioso a una fe que se hace presencia en lo cotidiano, en lo social, en lo humano. Nos llama a reconocer en cada persona un hermano, una hermana, alguien que merece respeto, escucha, acompañamiento. Nos impulsa a construir una comunidad donde nadie se sienta descartado, donde todos puedan experimentar que su vida tiene valor.

En este camino, la Iglesia se convierte verdaderamente en signo del Reino de Dios, ese Reino que Jesús anunció como buena noticia para los pobres (cf. Lc 4,18), como espacio donde los últimos son puestos en el centro, donde la vida es defendida y la dignidad es restaurada. Y así, la fe deja de ser algo separado de la vida para convertirse en una luz que la ilumina y en una fuerza que la transforma desde dentro.

3. Clamor de los jóvenes

En medio de nuestra realidad resuena con fuerza el clamor de los jóvenes. No siempre es un clamor expresado con palabras; muchas veces se manifiesta en búsquedas silenciosas, en inquietudes profundas y en preguntas que no encuentran fácilmente respuesta. Los jóvenes buscan sentido para su vida, buscan un horizonte que dé dirección a sus pasos, buscan un futuro que no sea solo supervivencia, sino plenitud. En un mundo marcado por cambios rápidos, por incertidumbres y por múltiples propuestas, no es extraño que muchos de ellos se sientan desorientados o solos en su camino.

Este clamor no puede dejar indiferente a la Iglesia. Porque en cada joven hay una promesa, una vocación, una historia que Dios quiere conducir. Como recuerda la Escritura, Dios conoce a cada persona desde lo profundo y la llama por su nombre (cf. Jr 1,5). También a los jóvenes los llama, los busca, los espera. Y la Iglesia está llamada a ser mediación de ese encuentro, espacio donde esa llamada pueda ser escuchada y acogida.

Jesús mismo mostró una atención particular hacia los jóvenes. Los invitó a seguirlo, los desafió a ir más allá de lo superficial, los llamó a una vida plena, aunque exigente (cf. Mc 10,21). Su mirada no fue de juicio, sino de amor; un amor que no se conforma con lo mínimo, sino que abre caminos hacia lo grande. Esa misma mirada es la que la Iglesia está llamada a aprender hoy.

El Papa Francisco ha insistido en que los jóvenes no son solo el futuro de la Iglesia, sino su presente (cf. *Christus vivit*, 64). Esto significa que no podemos limitarnos a prepararles un lugar para mañana, sino que debemos reconocerlos hoy como protagonistas, como miembros vivos de la comunidad. Sin embargo, para que esto sea posible, es necesario algo fundamental: acompañarlos. No basta con proponer actividades o transmitir contenidos; es necesario caminar con ellos, escuchar sus preguntas, compartir sus inquietudes, ayudarles a descubrir el sentido de su vida a la luz del Evangelio.

Acompañar implica cercanía, paciencia y respeto por los procesos. Cada joven tiene su ritmo, su historia, sus heridas y sus esperanzas. La Iglesia no está llamada a imponer caminos, sino a iluminar, a sostener, a orientar. Como Jesús en el camino de Emaús, se trata de caminar junto a ellos, de escuchar antes de hablar, de ayudarles a interpretar su propia vida a la luz de la Palabra (cf. Lc 24,15-27). Solo así podrán descubrir que Cristo no es una idea lejana, sino una presencia viva que da sentido y plenitud.

En nuestra parroquia, este desafío adquiere un rostro muy concreto. Muchos jóvenes viven situaciones complejas, marcadas por la fragilidad familiar, por la falta de oportunidades o por las múltiples propuestas que no siempre ayudan a construir una vida con sentido. En este contexto, la

comunidad cristiana está llamada a hacerse cercana y a ofrecer espacios reales donde los jóvenes puedan crecer, encontrarse y descubrir el valor de su vida.

Estos espacios ya están presentes entre nosotros y son una verdadera riqueza que estamos llamados a cuidar y fortalecer. El grupo Oasis se convierte en un lugar de encuentro, de fraternidad y de búsqueda espiritual, donde los jóvenes pueden compartir su camino y abrirse a una experiencia viva de fe. El servicio de los monaguillos introduce a muchos niños y jóvenes en el misterio de la liturgia, ayudándoles a descubrir la belleza de servir al Señor y a sentirse parte activa de la comunidad. La escuela de música, con su profunda raíz en la tradición de nuestras misiones, ofrece un camino privilegiado para desarrollar talentos, cultivar la sensibilidad y expresar la fe a través del arte, integrando cultura y Evangelio en una experiencia viva.

A estos caminos se une también la integración progresiva en el servicio de la catequesis, donde los jóvenes pueden comenzar a asumir responsabilidades dentro de la comunidad, pasando de ser acompañados a convertirse ellos mismos en acompañantes de otros. De este modo, la parroquia se convierte en un verdadero espacio de crecimiento, donde cada uno puede descubrir su lugar y su misión.

En este horizonte, el sacramento de la Confirmación adquiere un significado particularmente importante. No puede ser entendido como la conclusión de un camino, sino como el inicio de una etapa nueva. Es el momento en que el joven, fortalecido por el don del Espíritu Santo, es enviado a vivir su fe de manera más consciente y comprometida dentro de la Iglesia y en medio del mundo (cf. Hch 1,8). La Confirmación no cierra un proceso, sino que abre a una vida cristiana más plena, más responsable y más misionera.

De este modo, responder al clamor de los jóvenes es apostar por la vida. Es reconocer que Dios sigue actuando en ellos, que su Espíritu continúa suscitando sueños, búsquedas y deseos de plenitud. Es confiar en que, acompañados y formados, pueden descubrir su vocación y convertirse en protagonistas de la vida de la Iglesia. Porque cuando un joven encuentra sentido, no solo transforma su propia vida, sino que se convierte en luz para los demás. Y así la comunidad se renueva desde dentro, a partir de la vida nueva que el Espíritu sigue generando en su pueblo.

4. Clamor de las familias

También se eleva con fuerza en nuestra realidad el clamor de las familias. Es un clamor que se percibe en la fragilidad de los vínculos, en las heridas que dejan las separaciones, en las ausencias provocadas por la migración, en las dificultades económicas que tensan la convivencia, en la incertidumbre que pesa sobre el futuro de los hijos. Muchas familias sostienen la vida con gran esfuerzo, pero al mismo tiempo experimentan cansancio, soledad y, en no pocos casos, la sensación de no encontrar apoyo suficiente.

La Iglesia está llamada a acercarse a esta realidad con cercanía y compromiso. La familia ocupa un lugar esencial dentro de la comunidad cristiana, como su fundamento vivo, el espacio donde la fe comienza a tomar forma, donde se aprende a amar, a confiar y a pertenecer. Como enseña la Iglesia, la familia es verdaderamente “Iglesia doméstica” (Lumen gentium, 11), el primer ámbito donde el Evangelio se hace vida y se transmite de generación en generación. Allí se construyen los vínculos

más profundos, se sostiene la vida cotidiana y se siembran las semillas de la fe que luego crecen en la comunidad. Por eso, el cuidado y fortalecimiento de las familias se convierte en un camino decisivo para la vida y la misión de la Iglesia.

Jesús mismo quiso entrar en la vida de las familias: compartió la mesa, visitó casas, se hizo cercano a las realidades concretas de la vida familiar (cf. Lc 19,5-7). En las bodas de Caná mostró que Dios se interesa por la alegría y por las dificultades de la vida cotidiana (cf. Jn 2,1-11). Con su presencia, Jesús revela que la familia es un lugar privilegiado de encuentro con Dios, pero también un espacio que necesita ser acompañado, sostenido y sanado.

Hoy, muchas familias viven situaciones complejas que no pueden ser enfrentadas solo con normas o con respuestas generales. Necesitan cercanía, comprensión, acompañamiento. El Papa Francisco ha insistido en que la Iglesia está llamada a acompañar con misericordia y paciencia los procesos reales de las familias, reconociendo sus dificultades y ayudándolas a crecer paso a paso (cf. *Amoris laetitia*, 305). Esto implica una mirada que no juzga de inmediato, sino que se acerca, escucha y camina con las personas en sus situaciones concretas.

En nuestra realidad de Ascensión de Guarayos, este acompañamiento se vuelve especialmente urgente. La migración separa a padres e hijos; las dificultades económicas generan tensiones; muchas veces los niños y jóvenes crecen sin la estabilidad afectiva necesaria. Todo esto deja huellas profundas que afectan no solo a las familias, sino a toda la comunidad. Frente a esta situación, la Iglesia no puede limitarse a constatar los problemas; está llamada a ser presencia viva, espacio de acogida, lugar donde las familias puedan encontrar apoyo, orientación y esperanza.

Hablar de una pastoral familiar viva significa precisamente esto: una Iglesia que no se queda en la teoría, sino que entra en la vida real de las familias. Una Iglesia que acompaña, que forma, que sostiene. Que ayuda a redescubrir la belleza del amor, incluso en medio de las dificultades. Que no abandona a quienes viven situaciones irregulares o dolorosas, sino que los integra en un camino de crecimiento y de fe. Porque nadie está excluido del amor de Dios, y toda familia, incluso la más herida, puede encontrar un camino de vida.

Responder al clamor de las familias es, en definitiva, cuidar la vida en su raíz más profunda. Es creer que el amor, aunque frágil, puede ser fortalecido. Es confiar en que Dios sigue actuando en medio de las historias humanas, incluso en las más complejas. Y es asumir que la Iglesia solo será verdaderamente madre si sabe acompañar con paciencia, con cercanía y con misericordia a cada familia en su camino (cf. Sal 103,13).

5. Clamor de la fe popular

En el corazón de nuestro pueblo también resuena un clamor particular, lleno de vida y de belleza: el clamor de la fe popular. Es una fe que no siempre se expresa con conceptos teológicos elaborados, pero que se manifiesta con una fuerza sorprendente en la vida cotidiana. El pueblo cree, celebra, canta. La fe se hace visible en las fiestas, en las procesiones, en los cantos y en la danza, en los gestos sencillos que acompañan los momentos importantes de la vida. Es una fe que se transmite más por la experiencia que por las palabras, más por la vida compartida que por los discursos.

Esta fe no es una forma imperfecta de vivir el Evangelio. Es una expresión auténtica de la relación del pueblo con Dios. El Concilio Vaticano II reconoce que el pueblo de Dios, en su conjunto, no puede equivocarse en la fe cuando cree (cf. *Lumen gentium*, 12). Y en América Latina, la Iglesia ha visto en la religiosidad popular una verdadera riqueza espiritual, un lugar donde el Evangelio ha echado raíces profundas y donde el Espíritu Santo sigue actuando (cf. *Evangelii nuntiandi*, 48). El Papa Francisco llega a afirmar que la piedad popular es una “expresión legítima de la fe”, un modo en que el pueblo evangeliza y se evangeliza a sí mismo (cf. *Evangelii gaudium*, 122).

En nuestra tierra guaraya, esta fe tiene un rostro concreto. Se expresa en la música, en la danza, en la manera de celebrar, en la alegría compartida, en el sentido de comunidad. Toma forma en la fiesta patronal de la Ascensión del Señor, preparada con la novena que reúne a los distintos actores del pueblo y que hace visible una Iglesia que camina unida; se manifiesta en las procesiones que recorren nuestras calles, en el vía crucis viviente que hace presente el misterio de la Pasión en la vida del pueblo, en la celebración de la Navidad con sus expresiones culturales propias, donde la fe se canta, se representa y se comparte. A estas tradiciones se suman también las expresiones traídas por familias que han llegado desde otras regiones del país, enriqueciendo la vida de la comunidad con devociones como la fiesta en honor de la Virgen de Urcupiña, que también encuentra aquí un espacio de fe y de pertenencia.

Todo esto muestra que la fe no es algo separado de la vida, sino profundamente integrado en ella. Y precisamente por eso tiene una fuerza especial: porque no es solo una práctica religiosa, sino una manera de vivir la relación con Dios en medio de la cultura y de la historia.

Este clamor de la fe popular invita a la Iglesia a reconocer en estas expresiones una verdadera acción del Espíritu. La comunidad creyente está llamada a entrar en esta vida, a valorar sus signos y a acompañar su crecimiento. Evangelizar implica iluminar, purificar cuando sea necesario y ayudar a madurar la fe, sin romper su vínculo con la cultura. Como recuerda el Magisterio, la religiosidad popular necesita ser evangelizada, pero también es un lugar donde la Iglesia aprende y recibe (cf. *Evangelii nuntiandi*, 48).

Entrar en la vida del pueblo significa compartir sus alegrías y sus formas de expresar la fe. Significa reconocer el valor de sus símbolos, de su lenguaje, de sus celebraciones. Significa también ofrecer una formación que enriquezca esta experiencia, ayudando a descubrir la profundidad del misterio que se celebra. Porque detrás de cada canto, de cada gesto, de cada fiesta, hay una búsqueda de Dios, una necesidad de encuentro, una sed de sentido que habita el corazón humano.

En este camino, la Iglesia se reconoce como servidora de un don que ya está presente en el pueblo. Se da un intercambio fecundo: la Iglesia anuncia el Evangelio y, al mismo tiempo, recibe del pueblo una manera concreta de vivirlo. Este dinamismo refleja la lógica de la Encarnación: Dios entra en la vida humana y la transforma desde dentro.

Responder al clamor de la fe popular es abrirse a la riqueza de lo que el Espíritu ya está realizando. Es reconocer que el pueblo no solo recibe, sino que también ofrece. Y es creer que, cuando la fe se hace vida, cuando se canta, se celebra y se comparte, el Evangelio se vuelve cercano, comprensible y fecundo en medio de la historia.

IV. Hacia una parroquia ministerial

Al mirar el camino recorrido y al escuchar los desafíos del presente, se hace evidente que uno de los pasos más importantes que estamos llamados a dar como comunidad es un cambio profundo en nuestra manera de comprender la vida de la Iglesia. No se trata simplemente de reorganizar actividades o de multiplicar iniciativas, sino de asumir una conversión eclesial que toque el corazón mismo de nuestra identidad. Estamos llamados a pasar de una parroquia centrada principalmente en servicios a una parroquia verdaderamente ministerial, donde toda la comunidad se reconoce como protagonista de la misión.

Durante mucho tiempo, la vida parroquial se ha entendido casi exclusivamente en torno a la figura del sacerdote y a los servicios que él presta: la celebración de los sacramentos, la atención pastoral, la organización de la vida comunitaria. Sin negar la importancia esencial del ministerio ordenado, es necesario redescubrir que la Iglesia no se reduce a él. El sacerdote no es el único sujeto de la misión. La Iglesia es todo el Pueblo de Dios, convocado por el Señor y enviado por Él. Como enseña el Concilio Vaticano II, todos los bautizados participan, cada uno a su modo, de la misión de Cristo sacerdote, profeta y rey (cf. *Lumen gentium*, 31).

Esto significa que toda la comunidad es sujeto de la misión. No hay cristianos pasivos en la Iglesia. Cada bautizado ha recibido el don del Espíritu Santo, que lo capacita para una tarea concreta dentro del cuerpo eclesial. San Pablo lo expresa con claridad al afirmar que “a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común” (1 Co 12,7). Nadie ha recibido el Espíritu solo para sí mismo; todos hemos sido llamados a poner nuestros dones al servicio de los demás. La diversidad de carismas no divide a la Iglesia, sino que la construye en su unidad, como un cuerpo vivo en el que cada miembro tiene una función indispensable (cf. 1 Co 12,12-27).

Desde esta perspectiva, la ministerialidad no es una solución práctica ante la falta de sacerdotes, ni una simple distribución de tareas. Es una realidad profundamente teológica. La Iglesia es ministerial por naturaleza, porque nace del Espíritu que suscita continuamente dones y servicios para la edificación del cuerpo de Cristo. Como subraya la reflexión teológica contemporánea, los ministerios laicales no deben ser entendidos solo en clave funcional, sino como expresión de la acción del Espíritu que llama a cada bautizado a una forma concreta de seguimiento y de servicio en la comunidad.

Asumir este camino implica un cambio de mentalidad. Significa pasar de una Iglesia donde algunos hacen y otros reciben, a una Iglesia donde todos participan según su vocación. Significa reconocer que la riqueza de la comunidad no está en la centralización, sino en la diversidad de dones que el Espíritu suscita. Significa también confiar en los laicos, formarlos, acompañarlos y enviarles, reconociendo en ellos no solo colaboradores, sino verdaderos protagonistas de la vida eclesial.

En nuestra parroquia de Ascensión de Guarayos, este proceso no parte de cero. Ya se manifiesta en muchos servicios y compromisos asumidos por miembros de la comunidad. Sin embargo, estamos llamados a dar un paso más: a reconocer, ordenar y fortalecer estos servicios como verdaderos ministerios, es decir, como expresiones estables y conscientes de la misión de la Iglesia. Esto requiere formación, discernimiento y, sobre todo, una profunda apertura al Espíritu Santo, que sigue actuando en medio de su pueblo.

De este modo, la parroquia se transforma en una comunidad viva, donde cada uno descubre su lugar, su responsabilidad, su misión. Ya no se trata solo de “ayudar” en la Iglesia, sino de ser Iglesia. Porque cuando cada bautizado asume su vocación, la comunidad entera crece, se fortalece y se vuelve más misionera. Y así se hace visible una Iglesia que no se encierra en sí misma, sino que, enriquecida por la diversidad de sus miembros, puede responder con mayor fidelidad al envío de Cristo y a las necesidades de su pueblo.

1. Ministerio de la comunión eucarística

Dentro de este camino hacia una parroquia verdaderamente ministerial, el ministerio de la comunión ocupa un lugar central, porque nos introduce en el corazón mismo del misterio de la Iglesia: la Eucaristía. Allí donde la Iglesia celebra el Cuerpo y la Sangre del Señor, nace continuamente como comunidad reunida por Él, sostenida por su presencia y enviada en su nombre.

El ministerio de la comunión participa de este dinamismo profundo. Está íntimamente unido al misterio eucarístico que no se agota en la celebración, sino que se prolonga en la vida del pueblo. Quien lleva el sacramento de la comunión entra en este movimiento pascual de Cristo que sale al encuentro, que se hace cercano, que permanece en medio de su pueblo.

De este modo, este ministerio se revela como una expresión viva de la Iglesia que nace de la Eucaristía y se deja conducir por ella. Es la Iglesia que se hace camino, que entra en las casas, que alcanza a los enfermos, que se acerca a quienes no pueden reunirse físicamente en la asamblea. En este gesto, la comunión celebrada se convierte en comunión vivida; el Cuerpo de Cristo se hace presencia que une, que consuela y que sostiene la fe.

Así, el ministerio de la comunión se manifiesta como un signo profundo de la Iglesia que, naciendo del altar, se extiende en la vida concreta del pueblo, llevando consigo la presencia del Resucitado que sigue reuniendo, alimentando y enviando a su comunidad.

Sabemos que la Eucaristía es la presencia viva de Cristo que reúne a su pueblo y lo constituye como Iglesia. Como enseña el Concilio Vaticano II, la Eucaristía es “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (Lumen gentium, 11). Por eso, cuando el Cuerpo de Cristo es llevado a quienes no pueden participar en la celebración, no se realiza únicamente un acto de asistencia espiritual, sino que se prolonga la misma comunión eclesial. Allí donde llega la Eucaristía, llega Cristo; y donde está Cristo, está su Iglesia.

Este ministerio hace visible una dimensión esencial de la fe: que nadie está excluido de la comunión. Hay miembros de nuestra comunidad que, por enfermedad, por edad o por las distancias propias de nuestra realidad, no pueden reunirse físicamente en la celebración dominical. Sin embargo, no dejan de formar parte del cuerpo de Cristo. San Pablo lo expresa con claridad: “Si un miembro sufre, todos sufren con él” (1 Co 12,26). La comunión debe hacerse concreta en gestos que superan las distancias y que hacen presente la cercanía de la comunidad.

Por eso, quienes ejercen este ministerio no son simplemente portadores de la Eucaristía, sino mediadores de la presencia de la Iglesia. Cuando entran en la casa de un enfermo, cuando visitan a una familia, cuando llegan a una comunidad alejada, no van en nombre propio. Van en nombre de

toda la comunidad. Llevan consigo la oración de la Iglesia, su cercanía, su cuidado. De algún modo, hacen visible lo que la Iglesia está llamada a ser siempre: una comunidad que no abandona a nadie, que busca a quienes no pueden venir, que se hace presente allí donde la vida lo necesita.

En este sentido, el ministerio de la comunión tiene una profunda dimensión misionera. No se limita a quienes ya están plenamente integrados en la vida parroquial, sino que puede convertirse también en un camino de acercamiento a quienes están lejos, a quienes se han debilitado en la fe, a quienes viven situaciones de soledad o de abandono. Como el Buen Pastor que va en busca de la oveja perdida (cf. Lc 15,4), la Iglesia, a través de este ministerio, sale al encuentro, se acerca, toca la vida concreta de las personas.

Además, este servicio nos recuerda algo esencial: que la Eucaristía no termina en el altar. La celebración eucarística se prolonga en la vida, en la caridad, en la cercanía concreta. El envío final de la misa —“pueden ir en paz”— es un mandato misionero que impulsa a llevar lo celebrado a la vida cotidiana. En este sentido, el ministerio de la comunión es una expresión privilegiada de esa dinámica: lo que se celebra en la comunidad reunida se comparte con quienes no pueden estar, haciendo que la comunión sea real y efectiva.

Asumir este ministerio con profundidad implica también una actitud interior. No basta con cumplir una tarea; es necesario vivirla como una vocación. Quien lleva la Eucaristía está llamado a hacerlo con fe, con respeto, con conciencia del misterio que porta. Está llamado también a una actitud de cercanía humana, de escucha, de paciencia, porque muchas veces este servicio no consiste solo en dar la comunión, sino en acompañar, en consolar, en estar.

De este modo, el ministerio de la comunión se convierte en un signo concreto de una Iglesia en salida, que no se encierra en sus espacios, sino que se extiende, que se acerca, que se hace presente. Y en nuestra realidad de Ascensión de Guarayos, marcada por distancias, este ministerio adquiere una importancia aún mayor, porque permite que la Eucaristía, centro de la vida cristiana, llegue realmente a todos, haciendo visible una Iglesia que no excluye, que no olvida y que camina con su pueblo en cada circunstancia de la vida.

2. Ministerio del cuidado de la creación

En el camino hacia una parroquia ministerial, el cuidado de la creación se presenta como un verdadero ministerio que brota de la fe y de la responsabilidad cristiana. No es una tarea añadida ni una preocupación secundaria, sino una dimensión concreta del seguimiento de Cristo, que nos llama a reconocer la creación como don de Dios y a asumir su cuidado como parte de nuestra vocación. Desde el inicio de la Escritura, el ser humano es colocado en el jardín “para cultivarlo y guardarlo” (Gn 2,15), no como dueño absoluto, sino como custodio responsable de una obra que no le pertenece.

En nuestra realidad concreta, esta llamada adquiere una urgencia particular. La tierra que habitamos, que forma parte de nuestra identidad y de nuestra vida, sufre heridas visibles. Los incendios, la deforestación, el uso irresponsable de los recursos son signos de una ruptura más profunda en la relación entre el ser humano, la creación y Dios. Cuando la tierra sufre, también sufre el pueblo. Y especialmente sufren los más pobres, que dependen directamente de ella para

vivir. Por eso, como recuerda el Papa Francisco, no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una única crisis compleja que es socioambiental (cf. *Laudato si'*, 139).

Asumir el cuidado de la creación como ministerio significa reconocer que este compromiso es una responsabilidad compartida que puede y debe ser asumida de manera concreta por miembros de la comunidad eclesial. El Espíritu Santo, que renueva constantemente la Iglesia, suscita hoy también este tipo de servicios como respuesta a los desafíos del tiempo presente. Como enseña la Iglesia, los ministerios son dones que el Espíritu concede para el bien común y para la edificación del pueblo de Dios. En este sentido, el ministerio del cuidado de la creación se convierte en una expresión concreta de esa corresponsabilidad eclesial.

Este ministerio implica, ante todo, una actitud de defensa de la tierra entendida como defensa de la vida. Se trata de un compromiso ético y espiritual por proteger aquello que Dios ha confiado a nuestras manos. Defender la tierra es defender a las comunidades, es cuidar el futuro de los niños y de los jóvenes, es preservar un equilibrio que hace posible la vida. Es, en definitiva, una forma concreta de vivir el mandamiento del amor al prójimo (cf. Mt 22,39), ampliado a toda la creación.

Al mismo tiempo, este servicio requiere una profunda tarea de educación. No basta con actuar sin comprender. Es necesario formar una conciencia ecológica que nazca de la fe y que se traduzca en un estilo de vida nuevo. El Papa Francisco habló de la necesidad de una “conversión ecológica” (*Laudato si'*, 217), que implica un cambio en la manera de pensar, de consumir, de relacionarse con la naturaleza. Esta educación no puede ser solo técnica; debe ser espiritual, ayudando a redescubrir la creación como don y como signo del amor de Dios.

Finalmente, este ministerio se concreta en acciones que hacen visible el compromiso de la comunidad. Se expresa en gestos sencillos y constantes que transforman la vida cotidiana: el cuidado de los espacios comunes, la limpieza de nuestras calles y de la plaza, el respeto por el entorno que compartimos como pueblo, la promoción de prácticas que ayuden a vivir en armonía con la creación. En estos gestos cotidianos se manifiesta una fe que se hace vida (cf. St 2,17) y que encuentra en lo concreto su forma más auténtica de expresión.

Este compromiso se abre también a un camino educativo que involucra a toda la comunidad. En la formación de los niños y jóvenes, se nos ofrece una oportunidad privilegiada para sembrar una conciencia nueva, enseñando a cuidar la vida, a respetar la naturaleza y a reconocer la creación como un don de Dios. En la catequesis, en la escuela, en los espacios formativos y culturales como la música, se puede cultivar una sensibilidad que una fe, cultura y responsabilidad por la casa común.

Al mismo tiempo, este camino requiere una mayor sensibilización de los adultos, llamados a dar ejemplo con su estilo de vida, con sus decisiones y con su manera de habitar el entorno. El cuidado de la creación no se aprende solo con palabras, sino con prácticas concretas que se transmiten de generación en generación. Así, toda la comunidad se convierte en espacio educativo, donde cada gesto cotidiano ayuda a construir una cultura del cuidado.

De este modo, el ministerio del cuidado de la creación se convierte en un signo de una Iglesia que encarna el Evangelio en la realidad concreta. Una Iglesia que reconoce que todo está conectado y que asume su responsabilidad en la construcción de un mundo más justo, más humano y más

conforme al proyecto de Dios. En nuestra tierra guaraya, donde la relación con la naturaleza forma parte de la identidad del pueblo, este ministerio tiene una fuerza particular: puede unir la sabiduría ancestral con la luz del Evangelio, abriendo un camino donde la fe y la vida caminan verdaderamente juntas.

3. Ministerio de la acogida

En el camino hacia una parroquia verdaderamente ministerial, el ministerio de la acogida ocupa un lugar esencial y profundamente evangélico. En él se hace visible el rostro concreto de la Iglesia, que se presenta como casa abierta y comunidad que recibe. A través de la acogida, la Iglesia se expresa en gestos sencillos y auténticos que comunican cercanía, respeto y reconocimiento de cada persona.

La manera en que una persona es recibida se convierte en una experiencia significativa del encuentro con la comunidad. En ese primer contacto se percibe el estilo de la Iglesia: una comunidad que abre espacio, que genera confianza y que permite descubrir un lugar donde es posible sentirse parte. Así, la acogida se transforma en un verdadero umbral de la fe, donde comienza a hacerse visible el camino de encuentro con Cristo en medio de su pueblo.

El Evangelio nos muestra con claridad que la acogida está en el corazón mismo de la misión de Cristo. Jesús se acercaba a las personas, las miraba, las llamaba, les daba un lugar. Acogía a quienes eran excluidos, se detenía ante quienes nadie veía, se dejaba encontrar por quienes buscaban (cf. Mc 10,46-52; Lc 19,5). Su manera de acoger era profundamente transformadora: hacía sentir a cada persona que era importante, que su vida tenía valor, que no estaba sola. En Él se revela un Dios que no cierra la puerta, sino que sale al encuentro, como el padre de la parábola que corre hacia su hijo antes de que este llegue a casa (cf. Lc 15,20).

Por eso, la Iglesia está llamada a reflejar esta misma actitud. Debe ser una casa abierta donde todos puedan encontrar un lugar. El Papa Francisco ha insistido en que la Iglesia debe ser “la casa del Padre, donde hay lugar para todos” (Evangelii gaudium, 47). Esta afirmación es una exigencia concreta que interpela nuestra manera de relacionarnos, de mirar y de actuar.

El ministerio de la acogida nace precisamente de esta convicción. No consiste únicamente en recibir a quienes llegan, sino en crear un clima donde cada persona pueda sentirse verdaderamente reconocida. Acoger significa mirar con respeto, escuchar con atención, ofrecer cercanía. Significa también estar disponibles para quienes llegan con preguntas, con dudas, con heridas. Muchas veces, antes de necesitar una respuesta, las personas necesitan ser escuchadas. Y esa escucha, cuando es auténtica, ya es una forma de evangelización.

Acompañar es el paso siguiente de esta acogida. No se trata de un encuentro puntual, sino de un camino compartido. Como Jesús con los discípulos de Emaús, la Iglesia está llamada a caminar junto a las personas, a respetar sus procesos, a iluminar su camino con la Palabra (cf. Lc 24,15-27). Este acompañamiento requiere paciencia, cercanía y una profunda confianza en la acción de Dios, que actúa en el corazón de cada uno.

En nuestra realidad parroquial, este ministerio adquiere una importancia particular. Hay personas que se acercan por primera vez, otras que regresan después de un tiempo de alejamiento, otras que viven situaciones complejas y no saben cómo dar el primer paso. En todos estos casos, la acogida se convierte en la puerta de entrada a la comunidad. Si esa puerta está cerrada, difícilmente podrán experimentar la belleza de la fe. Si está abierta, pueden descubrir que la Iglesia no es un lugar extraño, sino una familia.

Este servicio, por tanto, es profundamente misionero. Porque una Iglesia que acoge se convierte en signo visible del amor de Dios. Y una comunidad que aprende a recibir, a escuchar y a acompañar se transforma desde dentro, se hace más humana y, por eso mismo, más evangélica. Así, el ministerio de la acogida no solo beneficia a quienes llegan, sino que renueva a toda la Iglesia, ayudándola a parecerse cada vez más a Cristo, que vino no para ser servido, sino para servir y dar la vida (cf. Mc 10,45).

4. Ministerio de la catequesis

En el corazón de la vida de la Iglesia se encuentra el ministerio de la catequesis como un verdadero camino de iniciación a la vida cristiana. A través de la catequesis, la persona es acompañada para entrar progresivamente en el misterio de Cristo y aprender a vivir desde Él, integrando la fe en toda su existencia. Este camino se desarrolla como un proceso vivo, donde la experiencia, la celebración y la vida comunitaria se entrelazan, ayudando a que la fe crezca y madure.

Como enseña el Magisterio, la catequesis está al servicio de la maduración de la fe, favoreciendo que esta se haga consciente, celebrada y vivida en la comunidad (cf. *Catechesi tradendae*, 20). En la misma línea, el actual Directorio para la Catequesis subraya que la catequesis es “un proceso de iniciación que introduce progresivamente en la vida cristiana, integrando el conocimiento de la fe con la experiencia litúrgica y la vivencia eclesial” (cf. Directorio para la Catequesis, 64).

De este modo, la catequesis se manifiesta como un espacio privilegiado donde la fe toma forma, se fortalece y se hace camino dentro de la comunidad, acompañando a cada persona en su crecimiento como discípulo de Cristo.

Por eso, hablar de una formación viva significa reconocer que la fe no se reduce a conocimientos, sino que implica toda la vida. Jesús no llamó a sus discípulos a aprender una doctrina, sino a seguirlo (cf. Mt 4,19). Y ese seguimiento es un camino que transforma la manera de pensar, de sentir y de actuar. La catequesis, en este sentido, debe ayudar a las personas a encontrarse con Cristo, a escucharlo, a dejarse iluminar por su Palabra y a descubrir que el Evangelio tiene algo que decir en cada momento de la vida.

Este camino no puede ser uniforme ni rígido, porque cada persona vive su propio proceso. La fe crece como una semilla (cf. Mc 4,26-29), de manera gradual, a veces silenciosa, siempre necesitada de cuidado y acompañamiento. Por eso, la catequesis está llamada a respetar los tiempos, las preguntas, las experiencias de cada uno. No se trata de llenar espacios con actividades, sino de acompañar procesos reales, ayudando a que la fe se arraigue profundamente en la vida.

En nuestra realidad concreta, este ministerio adquiere un desafío particular: el de ser una catequesis verdaderamente inculturada. No podemos anunciar el Evangelio como algo ajeno a la vida del pueblo. La fe debe hablar el lenguaje de la gente, debe tocar su cultura, sus símbolos, su manera de comprender el mundo. Como enseña la Iglesia, el Evangelio debe ser anunciado de tal manera que pueda ser acogido en la cultura de cada pueblo, transformándola desde dentro sin destruir su riqueza (cf. *Gaudium et spes*, 58).

En la cultura guaraya encontramos elementos profundamente valiosos para este proceso: el sentido de comunidad, la relación con la naturaleza, la riqueza de la música, la expresión simbólica de la fe. Todo esto no puede quedar al margen de la catequesis, sino que debe integrarse como camino para comprender y vivir el Evangelio. Cuando la fe se expresa en el propio lenguaje cultural, deja de ser algo externo y se convierte en vida.

En este camino, el catequista debe ser un verdadero testigo. Su misión no es solo enseñar, sino acompañar, escuchar, guiar. Como Felipe con el eunuco en el camino, está llamado a ponerse al lado de la persona, a ayudarlo a comprender la Escritura y a descubrir su sentido (cf. Hch 8,30-31). Por eso, la formación de los catequistas es fundamental, no solo en el conocimiento de la fe, sino en la capacidad de acompañar procesos, de leer la vida a la luz del Evangelio y de vivir ellos mismos lo que anuncian.

De este modo, el ministerio de la catequesis se convierte en un espacio privilegiado donde la fe se hace camino, donde la comunidad se construye y donde el Evangelio se encarna en la vida concreta. Es un ministerio que no termina en la recepción de un sacramento, sino que abre a una vida nueva en Cristo. Y así, la parroquia se convierte verdaderamente en una comunidad que forma discípulos, no solo creyentes; una comunidad donde la fe no se repite, sino que se vive, se celebra y se transmite como una experiencia que transforma la vida desde dentro.

5. Pastoral juvenil

En el dinamismo de una Iglesia que se renueva desde dentro, la pastoral juvenil ocupa un lugar decisivo. En ella se expresa la capacidad de la comunidad para acompañar la vida en un momento especialmente abierto, lleno de búsquedas y de posibilidades. La pastoral juvenil se presenta como un espacio donde los jóvenes pueden crecer, discernir y descubrir el sentido de su vida a la luz del Evangelio.

Los jóvenes participan activamente en la vida de la Iglesia y contribuyen con sus dones, su sensibilidad y su capacidad de soñar. Su presencia en la comunidad enriquece el camino eclesial y abre horizontes nuevos. Como recuerda el Papa Francisco, los jóvenes son el presente de la Iglesia, llamados a vivir su fe con autenticidad y a ser protagonistas en la construcción de la comunidad (cf. *Christus vivit*, 64).

Por eso, la pastoral juvenil no puede reducirse a organizar actividades o encuentros aislados. Está llamada a ser un camino de acompañamiento. Acompañar significa caminar al lado, compartir la vida, escuchar las preguntas profundas que habitan el corazón de los jóvenes, ayudarles a interpretar sus experiencias a la luz del Evangelio. Jesús mismo nos ofrece el modelo: no impone,

no fuerza, sino que se acerca, mira, ama y llama (cf. Mc 10,21). Y en ese encuentro personal se abre un camino de transformación.

Acompañar implica también paciencia y confianza. Cada joven vive su propio proceso, con sus tiempos, sus dudas, sus búsquedas. La Iglesia no está llamada a uniformar estos caminos, sino a sostenerlos, a iluminarlos, a ofrecer una presencia fiel que no abandona. Como en el camino de Emaús, se trata de caminar junto a ellos, de escuchar antes de hablar, de ayudarles a descubrir que Cristo ya está presente en su historia, incluso cuando no lo reconocen (cf. Lc 24,15-16).

Este acompañamiento conduce necesariamente a la formación. Pero una formación que no se limita a contenidos, sino que toca la vida. Formar es ayudar a crecer integralmente: en la fe, en la humanidad, en la capacidad de amar y de asumir responsabilidades. Es abrir horizontes, despertar preguntas, proponer caminos exigentes y, al mismo tiempo, profundamente llenos de sentido. Jesús no propone a sus discípulos un camino fácil, pero sí un camino pleno, donde la vida encuentra su verdadera medida (cf. Jn 10,10).

En nuestra realidad, esta formación está profundamente unida a la vida concreta de los jóvenes. Se desarrolla en medio de historias reales, marcadas por búsquedas, sueños y también por heridas que necesitan ser acogidas con respeto y cuidado. Muchos jóvenes crecen en contextos familiares frágiles, a veces atravesados por separaciones o por la ausencia de referentes estables. Otros experimentan la soledad, la falta de acompañamiento o la necesidad de encontrar un lugar donde sentirse reconocidos y valorados.

En este camino aparecen también desafíos que afectan la vida de la comunidad: dinámicas de violencia, influencias que desorientan, situaciones que debilitan el tejido social y personal. Algunas jóvenes llevan en su historia experiencias de vulnerabilidad y de dolor que reclaman una presencia cercana, respetuosa y sanadora. Estas realidades no definen a los jóvenes, pero forman parte de su contexto y llaman a una respuesta pastoral atenta y comprometida.

En este horizonte, la formación se convierte en un espacio de encuentro, de escucha y de reconstrucción de la vida. Está llamada a dialogar con sus experiencias, con sus lenguajes y con sus aspiraciones más profundas, ayudándoles a descubrir que su vida tiene un valor inmenso y una vocación que puede desplegarse con sentido. Así, el camino formativo acompaña a los jóvenes a reconocerse como personas llamadas a vivir, a crecer, a construir y a dejar huella en la historia desde la luz del Evangelio.

En este proceso, hay un paso decisivo: dar protagonismo. La pastoral juvenil no puede ser algo hecho para los jóvenes sin los jóvenes. Está llamada a convertirse en un espacio donde ellos mismos asuman responsabilidades, donde puedan expresar su fe, su creatividad, su manera de vivir el Evangelio. El Espíritu Santo actúa también en ellos, suscitando dones, intuiciones, caminos nuevos. Reconocer este protagonismo es reconocer la acción de Dios en su vida.

Cuando los jóvenes encuentran un lugar donde son escuchados, formados y enviados, la Iglesia se renueva. Porque ellos aportan frescura, entusiasmo, capacidad de soñar. Y cuando estos dones se integran en la vida de la comunidad, se crea una dinámica nueva, donde la fe no se transmite solo como herencia, sino como experiencia viva.

Así, la pastoral juvenil se convierte en un verdadero camino de Iglesia. Un camino donde los jóvenes no solo reciben, sino que dan; no solo aprenden, sino que construyen; no solo son acompañados, sino que también se convierten en acompañantes de otros. Y de este modo, la comunidad entera crece, porque descubre que el Espíritu sigue actuando, suscitando vida nueva en medio de su pueblo (cf. Hch 2,17).

V. Una parroquia pascual: el centro es la Eucaristía

En el corazón de toda la vida de la Iglesia se encuentra la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana (cf. *Lumen gentium*, 11). En ella todo tiene su origen y hacia ella se orienta el camino de la comunidad creyente. Desde este misterio se ilumina la identidad de la parroquia, que encuentra en la presencia viva de Cristo el fundamento de su vida. En la Eucaristía, Cristo se entrega, reúne a su pueblo y lo envía. Allí la comunidad se reconoce como Iglesia, convocada por el Señor y alimentada por su presencia. Desde este centro nace la vida pastoral, se fortalece la comunión y se abre el camino de la misión, en un dinamismo que brota del mismo corazón del misterio celebrado.

La parroquia es pascual precisamente porque vive del Resucitado. No somos una comunidad que recuerda un acontecimiento del pasado, sino una comunidad que participa hoy en la Pascua de Cristo. En cada Eucaristía, el misterio de su muerte y resurrección se hace presente y operante. Como proclama la liturgia, “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección” (cf. 1 Co 11,26), no como un simple recuerdo, sino como una realidad que transforma la vida. En la Eucaristía, Cristo no solo se hace presente: se entrega. Y en esa entrega nos introduce en su propio movimiento pascual, en el paso de la muerte a la vida, del egoísmo al amor, del aislamiento a la comunión.

Por eso, todo en la vida de la parroquia nace de la Eucaristía y vuelve a ella. Es allí donde la Iglesia se constituye como tal. San Pablo lo expresa con una imagen profundamente elocuente: “El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos participamos del mismo pan” (1 Co 10,17). La Eucaristía no solo alimenta a la Iglesia; la hace Iglesia. Es el acontecimiento en el que la comunidad se reconoce como cuerpo de Cristo y aprende a vivir como tal.

Desde esta perspectiva, cuidar la Eucaristía debe ser para nosotros una prioridad pastoral. La manera en que celebramos expresa lo que creemos. Por eso, estamos llamados a cuidar la celebración en toda su riqueza, respetando su dignidad, su belleza y su profundidad. La liturgia es el lugar donde la Iglesia entra en el misterio de Dios y participa en la obra de la salvación (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 2). Cada gesto, cada palabra, cada signo se convierte en un lenguaje que revela y comunica el misterio celebrado.

En este camino, la inculturación litúrgica adquiere un significado particular en nuestra realidad guaraya. La celebración se abre a la vida del pueblo y acoge sus expresiones culturales como camino de encuentro con Dios. La danza de la chovena, integrada en momentos significativos como el canto del Gloria, el ofertorio, o el agradecimiento después de la comunión, se convierte en una expresión de alegría, de gratitud y de alabanza que brota del corazón del pueblo. Del mismo modo, el uso del idioma guarayo en algunos momentos de la celebración permite que la Palabra y la

oración resuenen con mayor profundidad en la vida de la comunidad, haciendo que el misterio celebrado sea comprendido y acogido desde la propia identidad cultural.

De este modo, la liturgia se manifiesta como un espacio donde el Evangelio se encarna en la vida del pueblo, donde la fe se expresa con un lenguaje cercano y donde la cultura es asumida, purificada y llevada a su plenitud en Cristo. Así, la celebración eucarística se convierte en un verdadero encuentro entre el misterio de Dios y la historia concreta de la comunidad.

Sin embargo, debemos recordar, que dentro de la acción litúrgica, también el silencio ocupa un lugar fundamental. En una cultura marcada por el ritmo de la vida cotidiana, el silencio litúrgico abre un espacio interior donde el corazón puede disponerse a la presencia de Dios. Es un momento de recogimiento en el que la Palabra escuchada resuena y el misterio celebrado es acogido en profundidad (cf. 1 Re 19,12).

El canto, por su parte, expresa la fe del pueblo que alaba. En una tierra donde la música forma parte de la identidad, el canto litúrgico une fe y cultura, celebración y vida, y permite que la comunidad entera participe en la alabanza. A través de él, la liturgia se convierte en una voz común que eleva la oración y fortalece la comunión.

La participación de la comunidad es también un elemento esencial. En la Eucaristía, el pueblo de Dios se reconoce convocado y llamado a entrar en el misterio celebrado. El Concilio Vaticano II invita a una participación “plena, consciente y activa” (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 14), en la que cada fiel se une interiormente a la acción de Cristo, ofreciendo su vida y dejándose transformar por la gracia.

Todo esto nos conduce a una convicción fundamental: la Eucaristía y la comunidad se pertenecen mutuamente. En la celebración, la Iglesia se reúne y se reconoce como cuerpo de Cristo; y desde esa comunión, la vida se abre al servicio, a la caridad y al compromiso (cf. *Deus caritas est*, 14).

De este modo, la parroquia se convierte verdaderamente en una comunidad pascual: una comunidad que vive del misterio de Cristo, que se deja transformar por Él y que, desde la Eucaristía, aprende a vivir en comunión y a salir en misión. Alimentada por el Cuerpo de Cristo, la comunidad se reconoce enviada a hacer presente ese mismo amor en medio del mundo, llevando la luz del Resucitado a la vida concreta del pueblo.

VI. Mirando al futuro con esperanza

Al llegar a este punto, nuestra mirada no se detiene en el pasado ni se encierra en el presente, sino que se abre con confianza hacia el futuro. No se trata de un optimismo ingenuo ni de una simple proyección de deseos humanos. Se trata de una esperanza que nace de la fe, una esperanza que tiene su fundamento en Dios mismo, que guía la historia y que permanece fiel a su pueblo. Como recuerda la Escritura, “el Dios de la esperanza” es quien nos llena de alegría y de paz en la fe, para que abundemos en esperanza por la fuerza del Espíritu Santo (cf. Rm 15,13).

En este horizonte, nuestro propio camino pastoral nos ofrece una clave luminosa: “De las raíces de ayer nace la esperanza de mañana” . Esta afirmación es una síntesis profundamente teológica de lo que significa vivir la fe en la historia. Porque la esperanza cristiana no se construye sobre ilusiones pasajeras. Nace de una memoria viva, de la experiencia de un Dios que ha actuado, que ha acompañado, que ha sostenido a su pueblo a lo largo del tiempo. Y precisamente porque ha sido fiel en el pasado, podemos confiar en su acción en el presente y en su promesa para el futuro.

Mirar al futuro con esperanza significa, entonces, reconocer que Dios no ha terminado su obra. Él sigue actuando en medio de nosotros. Sigue llamando, sigue enviando, sigue suscitando vida nueva. La Iglesia es un pueblo en camino, siempre en proceso de renovación. Como enseña el Concilio Vaticano II, la Iglesia peregrina en la historia, avanzando entre las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo (cf. *Gaudium et spes*, 1). Y en este camino, está llamada a discernir constantemente lo que el Espíritu dice hoy a las comunidades (cf. Ap 2,7).

En nuestra parroquia de Ascensión de Guarayos, esta esperanza toma un rostro concreto y se hace un proyecto de vida comunitaria que se construye día a día. Queremos ser una comunidad que mira hacia adelante sin olvidar sus raíces, que se abre a los desafíos del presente con creatividad y fidelidad. Una parroquia donde los jóvenes encuentren un camino para descubrir su vocación, crecer como personas y como creyentes, y abrir su vida a un horizonte de entrega.

En este mismo horizonte se sitúa el don de las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. Damos gracias a Dios porque en esta tierra ya han nacido vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, tanto masculina como femenina, como fruto de la fe vivida en nuestras familias y comunidades. Estas vocaciones son un signo de que el Señor sigue pasando por nuestra tierra y sigue llamando por su nombre. Al mismo tiempo, esta gratitud se convierte en compromiso: queremos ser una comunidad que ora, que acompaña y que suscita nuevas vocaciones. Como nos invita el Evangelio, elevamos nuestra oración al Señor de la mies, para que envíe obreros a su mies (cf. Mt 9,38), confiando en que Él seguirá llamando y enviando servidores para su Iglesia.

Queremos ser también una comunidad que acompaña a las familias, especialmente a aquellas que viven situaciones de fragilidad, ofreciendo cercanía, comprensión y esperanza. Cada familia es un espacio donde la vida puede renacer, donde la fe puede crecer y donde el Evangelio puede hacerse cotidiano (cf. *Amoris laetitia*, 62).

Mirar al futuro con esperanza implica también valorar y promover la cultura del pueblo como una realidad viva que continúa creciendo. Cuando la fe se encarna en la cultura, se vuelve cercana, comprensible y fecunda. Por eso, queremos una parroquia que cuide la música, la lengua y las tradiciones, reconociendo en ellas un espacio donde Dios sigue hablando.

Esta esperanza se extiende también al cuidado de la creación, que forma parte de nuestra responsabilidad como creyentes. Cuidar la casa común es un acto de amor, de justicia y de fe, que expresa el compromiso con la vida y con las nuevas generaciones (cf. *Laudato si'*, 159).

Todo esto se integra en una dimensión fundamental: vivir la misión. La esperanza cristiana se expresa en la entrega, en el anuncio y en el testimonio. La comunidad se reconoce enviada a compartir la vida recibida en Cristo y a hacerla visible en medio del mundo.

De este modo, mirar al futuro con esperanza es renovar nuestra confianza en Dios y en su acción en medio de nosotros. Es acoger la fuerza del Espíritu que sigue abriendo caminos y haciendo nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5). Y es disponernos, como comunidad, a caminar con Él, con un corazón abierto, con una fe viva y con una esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5).

Conclusión

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos viviendo un momento verdaderamente histórico, iluminado por la gracia de Dios que nos permite reconocernos dentro de su obra de salvación. La celebración de los doscientos años de nuestro pueblo se convierte en un tiempo de gracia, en el que la memoria se abre a la esperanza y el pasado se une al presente como camino que continúa. Dos siglos de historia se revelan como una etapa fecunda que conduce hacia un tiempo nuevo, sostenido por la fidelidad de Dios, que sigue actuando, llamando y generando vida. Como proclama la Escritura: “Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5).

La mirada que abraza nuestra historia se convierte en acción de gracias, y el horizonte que se abre ante nosotros se llena de esperanza. En este dinamismo, resuena también la invitación de San Juan Pablo II, que llamaba a la Iglesia a “recordar el pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrirse al futuro con confianza” (cf. *Tertio millennio adveniente*, 31). Esta palabra ilumina nuestro camino como comunidad, ayudándonos a descubrir la continuidad de la acción de Dios en nuestra historia.

El mismo Dios que ha guiado a este pueblo hasta hoy continúa sosteniendo y enviando a su Iglesia. Su presencia acompaña el caminar de la comunidad y la impulsa hacia adelante. El Resucitado permanece en medio de su pueblo, ofreciendo su paz y renovando el envío misionero: “La paz esté con ustedes... como el Padre me envió, así también yo los envío” (Jn 20,19.21). Esta palabra resuena hoy con fuerza en nuestra comunidad, abriendo el camino hacia un futuro vivido en comunión, en misión y en esperanza.

Por eso, este tiempo es una invitación a renovar nuestro caminar. Caminar juntos, como pueblo de Dios, dejando atrás divisiones, individualismos y desconfianzas, y descubriendo la belleza de ser Iglesia en comunión (cf. Hch 2,42). Caminar juntos significa aprender a reconocernos como hermanos, a compartir la fe, a sostenernos mutuamente en las dificultades y a crecer juntos en la esperanza.

Es también un tiempo para escuchar. Escuchar a Dios, que nos habla en su Palabra, en la liturgia, en los signos de los tiempos. Escuchar al Espíritu Santo, que sigue guiando a su Iglesia con sabiduría y creatividad. Escuchar al pueblo, en cuyos clamores se hace presente la voz de Dios que nos interpela y nos llama a una respuesta concreta (cf. Ap 2,7). Solo una Iglesia que escucha puede ser verdaderamente fiel.

Este es, además, un tiempo para salir. Salir de nuestras comodidades, de nuestras seguridades, de nuestras estructuras cerradas, para ir al encuentro de los demás. Como nos recordaba el Papa Francisco, la Iglesia está llamada a ser una Iglesia en salida, que no se encierra, sino que se arriesga, que no espera, sino que busca, que no teme ensuciarse en el camino (cf. *Evangelii gaudium*, 20). Salir es dejar que el amor de Cristo nos impulse más allá de nosotros mismos.

Y es, finalmente, un tiempo para construir comunidad viva, donde cada persona tenga un lugar, donde la fe se comparta, donde el amor se haga concreto. Una comunidad que refleje el rostro de la Iglesia primitiva, donde todo se vivía en comunión, en fraternidad, en alegría (cf. Hch 2,44-47). Porque solo una comunidad viva puede ser signo creíble del Evangelio.

Pero en el centro de todo permanece una certeza fundamental: permanezcan en la Eucaristía. Porque allí está la fuente de todo. Allí Cristo nos reúne, nos alimenta y nos envía. Allí la Iglesia se hace Iglesia. “Permanezcan en mí y yo en ustedes” (Jn 15,4): esta palabra del Señor encuentra en la Eucaristía su expresión más plena. Si permanecemos en Él, nuestra vida dará fruto; si nos alejamos, nos debilitamos. Por eso, la Eucaristía debe seguir siendo el corazón de nuestra parroquia, el lugar donde nace nuestra comunión y nuestra misión.

Con esta esperanza, ponemos nuestro camino bajo la protección de María, Madre de la Iglesia, que supo acoger la Palabra, caminar en la fe y permanecer fiel hasta la cruz. En ella reconocemos el modelo de una Iglesia que escucha, que confía y que se entrega. Que nos enseñe a vivir con un corazón disponible, abierto a la acción de Dios y atento a las necesidades de los hermanos.

En este tiempo de gracia, marcado también por la celebración del jubileo de los 800 años de la Pascua de San Francisco de Asís, elevamos nuestra mirada hacia aquel que, configurado con Cristo pobre y crucificado, vivió el Evangelio con radicalidad y alegría. Su vida sigue siendo para la Iglesia una luz que orienta el camino y una invitación a volver a lo esencial. En él contemplamos a un hombre reconciliado con Dios, con los hermanos y con toda la creación, capaz de llamar “hermana” y “madre” a la tierra, y de reconocer en cada criatura un signo del amor del Creador.

En comunión con toda la familia franciscana, hacemos nuestra la súplica confiada de la Iglesia, que en este tiempo jubilar eleva su oración pidiendo la renovación del espíritu evangélico. Que, por la intercesión de San Francisco, aprendamos a vivir la sencillez del Evangelio, la alegría de la fraternidad y el amor universal que abraza toda la creación. Que su testimonio nos impulse a ser una Iglesia pobre, cercana y misionera, que anuncia con la vida la paz y el bien.

Y, sobre todo, confiamos en Cristo, el Señor que ha subido al cielo y permanece vivo en medio de su pueblo. Su Ascensión no es distancia, sino plenitud de presencia: Él nos precede en el camino y abre para nosotros el horizonte de la vida nueva. Desde el cielo sigue guiando a su Iglesia, sosteniéndola con su Espíritu y acompañando su caminar en la historia.

Él sigue haciéndose cercano en medio de Guarayos, entrando en nuestras casas, llamándonos por nuestro nombre y abriendo caminos de esperanza en la vida de nuestro pueblo. A Él nos confiamos, con la certeza de que su amor sostiene nuestra historia y que su presencia gloriosa es la fuente de nuestra alegría y de nuestra esperanza.

Sigamos caminando juntos, con fe viva, con corazón abierto y con la mirada puesta en el Señor, que nos precede en el camino.

**En la solemnidad de la Ascensión del Señor, fiesta patronal de nuestra parroquia,
14 de mayo de 2026**

Fray Kasper Mariusz Kaproń, OFM
Párroco de la Parroquia Ascensión del Señor
Ascensión de Guarayos



Señor Jesús,
elevado a la derecha del Padre,
Señor de la historia y de nuestra vida,
hoy como comunidad parroquial de Ascensión de Guarayos
nos reunimos en tu presencia
y dirigimos hacia Ti nuestra oración confiada.

Tú, que no abandonaste a tus discípulos,
sino que, al ascender al cielo,
abriste para nosotros el camino hacia el Padre
y permaneces vivo en medio de tu Iglesia,
mira con amor a este pueblo que has reunido
a lo largo de los años,
guiándolo con fidelidad en su historia .

Te damos gracias, Señor,
porque Tú has sido el protagonista de nuestro camino.
Has sembrado tu Palabra en esta tierra,
has sostenido la fe de tu pueblo
y has hecho crecer tu Iglesia en medio de nuestra cultura,
en nuestras familias, en nuestras comunidades.

Te ofrecemos hoy nuestra parroquia,
nacida de la misión y llamada a la misión.
Haz de nosotros una Iglesia viva,
reunida por tu Eucaristía
y enviada a anunciar tu Evangelio con alegría.
Que cada celebración nos transforme,
y que, alimentados por tu Cuerpo,
sepamos llevar tu presencia a los enfermos,
a los alejados y a quienes más lo necesitan.

Señor Jesús,
Tú que conoces el corazón de tu pueblo,
acoge el clamor que se eleva desde nuestra realidad:
el deseo de cercanía, de dignidad, de esperanza.
Mira a nuestras familias,
fortalece sus vínculos, sana sus heridas
y haz de cada hogar una verdadera Iglesia doméstica.
Mira a nuestros jóvenes:
despierta en ellos sueños grandes,
protégelos en medio de las dificultades
y hazlos protagonistas de tu Iglesia.
Que encuentren en la comunidad un camino de vida,
y que el don del Espíritu los impulse a seguirte con decisión.

Te presentamos también nuestra tierra,
herida y necesitada de cuidado.
Enséñanos a vivir como custodios de tu creación,
a reconocer en ella un don recibido
y a caminar en armonía con todo lo que has creado.
Que, siguiendo el ejemplo de San Francisco,
sepamos amar y respetar la casa común
como obra salida de tus manos.

Señor Jesús,
Tú que nos llamas a ser una Iglesia que escucha,
danos un corazón atento a tu Palabra
y sensible a la vida de nuestro pueblo.
Haznos cercanos, disponibles,
capaces de acoger, acompañar y servir.
Que en nuestra parroquia cada persona
pueda sentirse esperada, reconocida y amada.

Envía, Señor, tu Espíritu sobre nosotros,
para que cada bautizado descubra su vocación
y ponga sus dones al servicio de la comunidad.
Suscita en medio de nosotros nuevas vocaciones
al sacerdocio y a la vida consagrada,
y fortalece a quienes ya han respondido a tu llamada.
Que nunca falten en nuestra tierra
pastores según tu corazón
y testigos generosos del Evangelio.

Tú que has subido al cielo, Señor,
no te has alejado de nosotros,
sino que nos has abierto un horizonte nuevo.
Haznos vivir con los pies en nuestra tierra
y el corazón elevado hacia Ti,
caminando con esperanza
hacia la plenitud de tu Reino.

A Ti nos confiamos,
Señor Jesús,
porque Tú nos reúnes y nos envías,
y en Ti encontramos la fuente de nuestra vida,
la fuerza de nuestra misión
y la esperanza que no defrauda.

Amén.